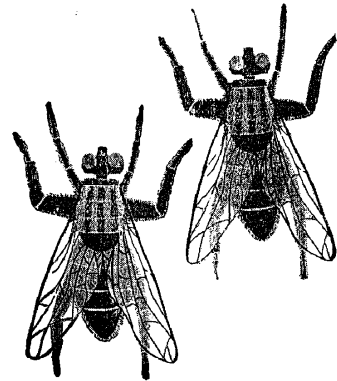
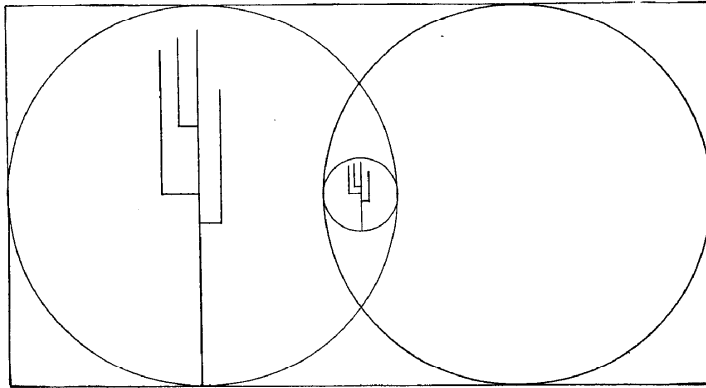


GENETICA Y HERENCIA



ASPECTOS PSICOLOGICOS DE LA EDUCACION EUGENESICA

por JUAN CODERCH DE SANS

Si la transmisibilidad de los caracteres adquiridos es sólo ilusoria, si los efectos de la civilización no se graban en el patrimonio hereditario de la especie humana, es imposible esperar del mejoramiento material y moral de las condiciones del medio social algún *perfeccionamiento genético*.

Debemos preguntarnos también si este mejoramiento no ejercerá a la larga una influencia contraproducente sobre la calidad del patrimonio hereditario.

En efecto; antiguamente la selección material actuaba con rigor sobre los pueblos, eliminando gran número de débiles, deficientes y anormales. Hoy su papel ya ha quedado reducido a la nada, pues el progreso de la medicina, la cirugía y la higiene, y la amplia práctica de la asistencia social y de la filantropía permiten la supervivencia de muchos

individuos que en la vida salvaje o menos civilizada habrían sucumbido muy fácilmente antes ya de la pubertad.

Tampoco debemos olvidar la "contraselección" que determinan las guerras al eliminar a los sujetos más fuertes y valientes.

Indudablemente, no hemos de lamentar este estado de cosas, ya que es deber y honor de nuestra civilización mantener con vida a seres que no habrían podido subsistir en condiciones naturales: pero corresponde considerar las consecuencias genéticas de esta falta de selección que, quizás, fuera menester reemplazar con el control voluntario de la reproducción humana. Es éste *el problema de la eugenesia*. Como estudio de los medios más apropiados para salvaguardar la calidad genética de las futuras generaciones, la eugenesia es de creación relativa-

mente reciente, pero la preocupación de la que es fruto data de largo tiempo. Desde la antigüedad más remota el hombre ha podido comprobar, por observación de su propia especie, o de las especies animales que criaba, que ciertos caracteres individuales se transmiten; hecho que tenían en cuenta en su legislación.

La ley hebraica se oponía al casamiento de los epilépticos, tuberculosos y alcohólicos. El Talmud reprueba el matrimonio de estatura demasiado alta o baja, o de piel muy clara u oscura, o bien en el caso de que la familia de uno de ellos está afectada por ciertas anomalías. El Código de Manú prohíbe la alianza con las familias en las que se producen casos de tisis, elefantiasis o epilepsia. Entre los griegos la idea eugenésica se manifiesta no solamente en la costumbre espontánea de eliminar a los niños defectuosos, sino también en los escritos de los filósofos. Así, TEOGNIS DE MEGARA (548 a. J. C.), PLATÓN, etc.

La idea eugenésica dormirá durante más de dos mil años, para reaparecer, en el siglo XVII, en *"la Ciudad del sol"*, de Campanella, y en la *"Utopía"*, de Tomás Moro. Este último imagina que los futuros esposos serán sometidos a un examen médico; en cuanto a CAMPANELLA, prevé en el gobierno de su ciudad ficticia un "ministerio del Amor", cuya misión será la de cuidar de los matrimonios y de la procreación de los hijos. Posteriormente, autores de diversos países postulan enérgicamente diversas formas de eugenesia, así: JOHANN PETER FRANK (1779), ROBERT LE JEUNE (1803), DARWIN y GALTON (1870). A partir de GALTON, se inicia la eugenesia científica.

En 1904 GALTON inaugura, en la Universidad de Londres, un curso nacional de Eugenesia. En Francia se sigue celosamente la idea eugenésica. Pueden citarse autores muy conocidos: VACHER DE LAPOUGE, MOLINARI, HENRY CAZALIS y CHARLES RICHET.

A la luz de la genética moderna, que nos enseña que ciertas anomalías son transmitidas de padres a hijos con regularidad casi matemática, el ideal genético parece irrefutable. La gran cuestión está en saber con qué medidas, dentro de lo razonable, es posible encarar el problema a una óptima solución. Desde GALTON, se han venido presentando a la sociedad dos soluciones que actualmente no pueden aceptarse ya, bien por superadas, bien por deshumanizantes y, por tanto, radicalmente destructivas.

La llamada eugenesia negativa suponía la esterilización, tanto masculina como femenina, por medio de los rayos X y las aplicaciones del radio, o también por métodos quirúrgicos, tales como la vasectomía o sección de los conductos deferentes, divulgada desde 1897 por LENANDER, y la ligadura de la trompa de FALLOPIO o su sección en el lugar donde se insertan en el útero, lo cual puede realizarse también por electrocoagulación. Esta técnica atenta contra la dignidad humana y contra su originaria libertad, que nadie, ni la sociedad, puede coartar, a la vez que no solucionan gran cosa.

Habría que esterilizar sesenta y ocho generaciones para reducir de 1/1.000 a 1/10.000 la frecuencia de un "gen" y habría que esterilizar de dos a tres mil generaciones para que desapareciera casi completamente.

Como puede verse, esta solución es algo ya muy superada.

Por otra parte, la eugenesia positiva consistía, según H. I. MÜLLER (biólogo norteamericano), en la práctica de la inseminación artificial, en un gran número de mujeres, con semen previamente de hombres seleccionados. Esta solución es deshumanizante y alienante en gran manera, pues destruye la cristalización de toda posible afectividad intersexual. Es una "antropotecnia" y, por tanto, como todas ellas, debe ser rechazada en el estado actual de una civilización que busca ansiosamente ha-

llar el camino recto adecuado a su antropología y a su trascendencia.

Hace ya algunos años se abrió una nueva perspectiva: nos referimos a la adición de una serie cromosómica completa a la doble que lleva todo ejemplar normal de la especie. En las plantas y aún en los animales inferiores: ranas, sapos, salamandras, es posible (y hasta relativamente fácil por medio del tratamiento del huevo fecundado con ciertos agentes externos: calentamiento o enfriamiento, por ejemplo) lograr un doble juego de cromosomas maternos, de donde se forman individuos con tres series cromosómicas: dos procedentes de la madre y una del padre. Muy recientemente se han obtenido resultados similares en ratones y conejos (FISCHBERG y BEATTY, HAGGQVIST y BANE). Por ahora ignoramos cuáles pueden ser las consecuencias, en los mamíferos, de la adición de una carga cromosómica suplementaria. Si se comprobara que es favorable, se podría pensar en la posibilidad de beneficiar con ella a nuestra especie, aunque manteniendo toda la prudencia y reserva que requiere tan grande innovación en materia de herencia humana.

Nuestra opinión, en el campo de soluciones a la preocupación eugenésica, es proponer a la colectividad social un plan de *educación eugenésica*. Por tanto, creemos que lo más importante y humano es divulgar ampliamente los conocimientos adquiridos por la ciencia genética para que los futuros padres tomen plena conciencia de la responsabilidad que les corresponde en la procreación.

Sin exagerar la importancia del "*certificado prenupcial*", por el que tanto ha bregado LOUISE HERVIEV, no podemos menos de dar nuestra más absoluta aprobación a esta práctica que, a la larga, habrá de contribuir a proteger la salud de la especie.

En términos generales la misión de biólogos, médicos, psicólogos, etcétera, debe ser, en toda circunstancia, la de instruir lo más exactamente

que se pueda a los futuros componentes de un "matrimonio peligroso" acerca de la naturaleza del peligro expuesto y de las probabilidades que tiene de concretarse.

Una vez convenientemente instruidos, corresponderá a los individuos hacerse cargo de su responsabilidad ante la propia descendencia y ante la sociedad.

Su decisión podrá depender de muchos factores: de la gravedad de la anomalía (tanto desde el punto de vista de la salud, como de la estética o de la inaptitud física que de ella derive), de la situación material que se pueda prever para los hijos y, sobre todo, del propio carácter de los individuos más o menos "arriesgados", más o menos escrupulosos; de su coeficiente de sensibilidad eugenésica, por así decirlo.

Así, pues, dejamos por sentado que, hoy por hoy, la mejor solución de la cuestión eugenésica es la educación eugenésica. Los motivos biológicos y sociodinámicos de esta forma preventiva de los trastornos genéticos han sido expuestos antes y después de este capítulo, al que sólo concierne los aspectos psicológicos de la cuestión. Desde la psicología, la cuestión aparece como punto de partida de la motivación específica en vistas a la obtención de una actitud eugenésica.

Esta actitud eugenésica oscila entre una pulsión psicógena y una actitud interpersonal en el esquema de las necesidades humanas. Estas necesidades implican un perfeccionamiento constante del individuo y de la especie. La dinámica perfectiva es muy característica del hombre como ser radicalmente abierto a toda posibilidad. Ahora bien, la motivación fundamental para una educación eugenésica y de una conciencia de esta índole, radica en la posibilidad de una herencia psíquica y, por tanto, en la responsabilidad emanante ante ella de un hombre en madurez. Para el hombre importa más, en última

instancia, la salud mental que la salud física.

El enfermo somático conserva su personalidad y su sentido de lo humano, en cambio el enfermo psíquico ha perdido este sentido en su vivencialidad y su propia personalidad está en grave peligro, en el mejor de los casos.

Por tanto, la normal herencia psíquica posibilitadora de una normal realización humana obra de un modo más básico que la herencia somática normal.

En el hombre, la educación forja niveles psicofuncionales derivados de la presión sociocultural dentro de un determinado grupo, y que se perpetúan por las uniones dentro del mismo núcleo. No se explica de otra manera la perseveración de determinadas tonalidades psíquicas en clases socioeconómicas muy estratificadas a pesar de las transformaciones de los métodos y procedimientos educativos. La "nobleza" no es otra cosa que la herencia de capacidades psicofuncionales que se han desarrollado por la educación, se han transmitido por una relativa consanguinidad, y se han afianzado nuevamente en su funcionalidad mediante la educación.

En psicología animal PAVLOV encontró que los asociados conservan hereditariamente la facilitación de un reflejo condicionado. Viene también al caso la observación del fácil poliglotismo de los hebreos, impuesto por su secular supervivencia entre grupos de lengua dispar y que se conserva aún en generaciones que desde largo tiempo se encuentran arraigadas en medios que hace innecesario tal poliglotismo.

De todas maneras, la herencia psíquica se ha mostrado menos estable que la biológica, pero esta diferencia resulta comprensible porque la herencia somática depende casi exclusivamente de factores intrínsecos a la especie ante su adaptación a condiciones exógenas naturales, y, en cambio, la herencia psíquica se liga

a la especie en relación con la organización sociocultural. Estas observaciones nos llevan a precisar en sus correctos límites el problema de la raza y de su influencia sobre las características psíquicas individuales. Al concepto zoológico de "pureza racial", la realidad humana opone agrupamientos "naturales" que presentan un conjunto de caracteres físicos más o menos comunes. Analizados en sus raíces, son agrupamientos históricos, cuya comunidad y pureza de sangre está suplantada por costumbres y nacionalismos, y, antes que nada, por un lenguaje común. La unidad racial humana no es zoológica, sino histórico-cultural. En esto se prevé claramente la dificultad de transmisión de cualidades psicológicas, pues los caracteres relativos a la estructura corpórea, las relativas al funcionamiento de los órganos, los patológicos, etc., son generales, y pertenecientes al genotipo humano con ligeras variaciones de agrupamiento. Los mismos reflejos innatos se heredan más fácilmente que las peculiaridades psíquicas superiores, por el hecho de ser constitutivamente más simples y también por estar más profundamente fijados en la especie, en razón de su más remota adquisición. No podemos decir lo mismo en cuanto a las estructuras del psiquismo superior, cuyos factores constitutivos ofrecen una variedad muy amplia. Basta el predominio o equivalencia de algunos factores dispares, provenientes de la rama genitora que no posee la adquisición, para condicionar las características estructurales de las bases psicobiológicas del nuevo individuo. Cabe pensar que los humanos nunca se unen eugénicamente, sino por amor.

Consideramos nosotros que la valoración psíquica del individuo se asienta sobre el doble pedestal de la maduración neurobiológica y la interrogación psicosocial, de cuya interrelación surge el perfil psíquico y la evaluación caractereológica. Sobre

la maduración actúa la herencia de los caracteres adquiridos y, en la integración, las posibilidades latentes transmitidas se reafirman como funciones fijas o desaparecen por falta de estímulos que las mantengan en un grado de funcionalidad capaz de justificar su existencia.

De aquí que, en mayor grado que la herencia psíquica, los factores ambientales de naturaleza psicosenso- rial determinen el valor y la persistencia de las sucesivas adaptaciones que la herencia psíquica puede transmitir. Surgen, de este modo, una posición clara frente al problema de la herencia de los caracteres psíquicos. No basta con esperar la superación o disminución en la descendencia en razón de lo adquirido o

recibido como parte de la línea atávica.

Lo psíquico no se presenta como un fenómeno unívoco y eterno capaz de deambular a través de los siglos, tal como un patrimonio de la raza.

Tampoco es un mero hecho constitucionalista, sino que es un fenómeno dialéctico, condicionado por una constante "temporar". Su punto de arranque es de carácter biológico; sus proyecciones son siempre transformaciones históricas.

La comprensión de toda esta problemática y la creación de una conciencia eugenésica representan una auténtica solución para la cuestión inicial, solución que es, a la vez, plenamente conforme con la estructura de lo humano.

